

Retablista Honoris Causa

Es se día, San Marcos se vistió de gala. Fue una actuación impresionante. Me conmovió de veras, porque Jesús Urbano Rojas, que lucha a brazo partido por el arte de su pueblo, aunque viva en Chacacayo, es una gran persona. Si pudieran regresar del polvo los imagineros de Ayacucho, Cusco, Puno y Apurímac, lo hubieran rodeado para darle un abrazo con todo el calor de sus entrañas. Antes había gremios y, aunque fueran solamente los precursores del retablo, se hubieran sentido satisfechos con el honor que la cuatricentenaria Universidad Nacional Mayor de San Marcos otorgó a su ilustre miembro del penúltimo año del siglo XX. Los veo, por un momento, tomar el rumbo de los Chaki Ñan o estrechas sendas de pie, salir de sus talleres instalados a la sombra de los molles amigos, dejar las ferias donde iban a vender sus trabajos, para repletar la severa sala donde el escudo de San Marcos ilumina los austeros sillones académicos, de cuero.

Quienes admiramos a los artistas populares, nuestros maestros creadores, nos sentimos conmovidos con el acto solemne. Primero, la presencia augusta de las autoridades universitarias de mayor

rango, con sus togas, sus medallas y sus cintas. Luego, el protocolo de ingreso. Una especie de procesión que parecía arrancada de siglos pasados. El secretario caminando por el pasadizo alfombrado, a paso lento y, siguiéndole a unos metros de distancia, Jesús Urbano, ensimismado, en otro mundo.

¿A dónde más puede llegar el muchacho que no quiso ser un buey despanzurrado en los surcos huanquinos y que aprendió, de reojo, viendo de lejos, el arte de Joaquín López Antay? Miro la hermosa cartilla del ceremonial, amarrada con un cintillo de hilos de oro. Recuerdo a Jesús Urbano Rojas, caminando conmigo por las calles de Huamanga. Entonces, me contó que su maestro le mandaba sacar los clavos de los cajones de fruta, en su patio, y le decía, con son de burla, "así se aprende, muchacho". Hasta que un día, en un concurso en que ambos compitieron, el muchacho, el jardinero de sus macetas con flores y ruda, el alisador de sus tablas de madera de plátano, le ganó y siguió adelante.

Tenía que ser Pablo Macera, historiador, investigador y director del Seminario de Historia Rural Andina, quien hiciera la presentación del "doctorando". En su

discurso ameno, con palabras galanas, reseñó sus méritos. Terminó pidiendo al rector, que le impusiera las insignias, y le entregara el diploma que lo incorpora al claustro de doctores de San Marcos, como Doctor Honoris Causa. Un momento emocionante. Jesús con su toga y sus insignias, diciendo en la tribuna, "¿Cómo puedo ser doctor cuando todavía no he terminado de aprender?"

Un alto memorable en el camino de su vida. Ha pasado tiempo desde que innovó con López Antay, el cajón San Marcos, para convertirlo en un retablo de maravillas. Amasando más de media vida, el yeso con la papa y el nispero, para crear las figuritas tradicionales. Hablando por radio en qechwa, porque quería sacar afuera lo que tenía adentro y, después, en castellano. Introduciendo a los jóvenes, en las viejas artes, con otros artistas. Siempre la vocación de enseñar. Una vocación que pasa por encima de los academicismos, y logra un imposible. El primer Doctorado Honoris Causa, de la decana de las universidades de América, a un artista del pueblo. Por supuesto, un alto honor que apoya su obra inacabable.

* Escritora.

4A

Fecha	: 13 AGO. 1999
Página	: 4A